

vaje que cuenta con los dedos. Bien puede aplicarse a esos tales el cuento de aquella viuda hermosa y rica, de que habla don Quijote en el capítulo XXV de la primera parte de su historia, que, enamorada de un joven motilón y rollizo, la reprendió su mayor, porque, siendo tan principal se había enamorado de un hombre tan soez, teniendo a mano tantos maestros, presentados y teólogos donde podía escoger como entre peras, a lo que respondió la interesada con donaire y desenvoltura: vuestra merced está muy engañado y piensa muy a lo antiguo si piensa que he escogido mal en fulano, por mal que le parece, pues para lo que yo le quiero, tanta filosofía sabe y más que Aristóteles.

En efecto, ¿qué saben los engañados críticos, que piensan tan a lo antiguo, para qué quería Cervantes ese hombre formado de dos mitades llamadas don Quijote y Sancho?

Me parece digno de ser conocido y que encaja aquí perfectamente el juicio de Laurent Tailhade sobre Cervantes, manifestado con motivo del proyecto de la erección de una estatua en París al autor del *Quijote*.

Dice así:

«La grandeza de Cervantes es sólo comparable a la de don Quijote. Por los ásperos caminos de la locura y del dolor va el verdadero hidalgo, el esforzado guerrero, el generoso adalid, a la más gloriosa conquista, a una victoria que excede mucho en mérito a lo que él mismo pudo soñar del Cid y del sin par Amadis de Gaula. Don Quijote, antes de morir, comprende la significación verdadera del mundo y de la vida, y les perdona, porque sus idealismos invencibles y aquel sublime ridículo que envolvió su existencia, le preservaron de los contactos que avergüenzan y deshonoran y dejaron libre y majestuosamente erguida su orgullosa dignidad.

No hay libro más español que *Don Quijote*; ni tampoco le hay más humano: es todo un manantial inagotable.

El siglo XVII no le comprendió; el

XVIII supuso que serviría de pantalla a pensamientos y sentimientos que no podían declararse brevemente; corresponde a nuestro tiempo, tan prendado de la realidad y tan embrutecido por el dinero y los negocios, descubrir el hidalgo de Cervantes.

El Caballero de la Triste Figura cabalga sobre un rocín asmático, que amolda su paso al del rucio de Sancho; vomita el bálsamo de Fierabrás, destroza los monigotes de Ginesillo y derrama a pinchazos el vino del ventero. Sin embargo, es el más grande y el más puro de todos los caballeros, más noble que los servidores del Graal o que los pares de la Tabla Redonda, puesto que, a través de la irrisión y de los golpes, y a pesar de la vejez y de las injurias, liberta los galeotes, socorre a los oprimidos y con su espada magnánima hostiga el hocico de los leones».

Al terminar me ocurre la duda de que tal vez el lector, —a quien no deseo ver comprendido entre los que, no siendo capaces de las nobles locuras de don Quijote; ni de los razonables egoísmos de Sancho, tienen clasificación apropiada en la categoría de personajes que comprende desde el mozo cruel de los mercaderes toledanos hasta los parásitos duque y duquesa,—no encuentre justificado el título general dado a este escrito. Por si acaso, digo en mi defensa. Reclus, anarquista considerado como eminencia científica, dice en su gran libro *El Hombre y la Tierra*: «toda evolución en la existencia de los pueblos proviene del esfuerzo individual,» y Cervantes, después de poner en la cumbre de la justicia y de la felicidad humanas la comunidad de bienes y la participación de todos y de todas en el patrimonio universal, hace decir magistralmente a don Quijote: «Sábetete, Sancho, que no es un hombre más que otro si no se hace más que otro».

Paréceme evidente la analogía entre la palabra del genio de ayer y la del maestro de hoy, y eso justifica el título *El Quijote revolucionario*.

Objétame un amigo, a cuyo juicio someto mi trabajo, que el abominable